

La Alta Borgoña fué una de las provincias francesas menos desgraciadas, y sus ciudades, particularmente Dijón y Tournus, sirvieron de asilo á numerosos cuerpos de santos.

IV.—Carlos el Calvo rey de Lorena y emperador (1)

Tan grandes miserias no impidieron, sin embargo, á Carlos el Calvo reclamar fuera del reino sus derechos de príncipe carlovingio. Así le veremos sucesivamente rey de Lorena y emperador.

Lotario, antes de morir, había repartido sus Estados entre sus tres hijos, Luis II, Lotario II y Carlos (855): el primero obtuvo el título imperial y la Italia y las diócesis de Ginebra, de Lausanne y de Sión; el segundo, la parte de la herencia paterna que se denominó Lotaringia ó Lorena, nombre derivado del suyo propio; y el tercero, la Provenza, el Lyonnais y las diócesis de Belle y de Tarentaise. Pero Luis no tenía más que una hija, Hirmingarda; Carlos murió sin sucesión en 25 de enero de 863, legando su lote á sus hermanos, y Lotario falleció en 8 de agosto de 869 dejando sólo un bastardo.

Inmediatamente después de la muerte de este último, Carlos el Calvo, llamado por algunos magnates y obispos loreneses, marchó á Metz y en 9 de septiembre de 869 fué consagrado rey de Lorena por Hincmaro, el cual actuó en substitución del metropolitano de Tréveris. Recibió el rey la corona «porque en los historiadores sagrados se lee que los reyes han de recibir tantas coronas como reinos tienen,» y tomó en sus manos el cetro por el que «debía regirse á sí mismo, defender á la Santa Iglesia, dirigir á los buenos por el camino recto y corregir á los malos;» y luego avanzó hasta Aquisgrán, en donde, muerta la reina Ermentrudis, se casó, en 22 de enero de 870, con Riquilda, que pertenecía á una familia poderosa de Lorena.

Pero Luis el Germánico exigía una parte de la Lorena en virtud de un acta de reparto eventual que había firmado con Carlos tres años antes, y el emperador Luis, apoyado por el papa Adriano II, reclamaba toda la sucesión de su hermano. Estando ocupados el emperador y el papa en Italia con la guerra contra los sarracenos, Carlos tuvo que habérselas únicamente con el rey de Germania, el cual le mandó decir desde Frankfurt, en febrero de 870, que «si no salía rápidamente de Aquisgrán y no entregaba la Lorena á los hombres de Lotario, tal como era en el momento de morir éste, le atacaría sin tardanza.» Carlos el Calvo hubo de entrar en negociaciones y el 8 ó el 9 de agosto de 870 firmó un tratado en Meerssen.

En virtud de este tratado, la frontera de la Francia

(1) FUENTES.—Añádanse á las anteriormente indicadas: *Letras de Jean VIII*, en la «Patrologie latine» de Migne, tomo CXXVI; *Letras de Loup de Ferrières*, edición Desdévives du Dezert, fasc. 77 de la «Bibliothèque de l'École des Hautes Etudes,» y Dümmler, *Monumenta Germaniae*, en 4.º, *Epistola*, tomo VI, págs. 387 y siguientes (véase Levillain, «Bibliothèque de l'École des Chartes,» 1901-1902); *Libellus de imperatoria potestate in urbe Roma* en los *Monumenta Germaniae*, serie en folio, *Scriptores*, tomo III, 719-722.

OBRAS DE CONSULTA.—Lapote, *L'Europe et le Saint-Siège à l'époque carolingienne*, le pape Jean VIII, 1895. Emilio Bourgeois, *Le Capitulaire de Kierzy-sur-Oise*, 1885. Fustel de Coulanges, *Nouvelles recherches sur quelques problèmes d'histoire*, 1891. Kleinklausz, *L'Empire carolingien*, pag. 385 y siguientes.

occidental arrancaba del Fli, es decir, de la desembocadura del Zuiderzee en el mar, atravesaba el Rin al Oeste de Utrecht, seguía el Mosa hasta Lieja, luego el Ourthe, llegaba al Mosela, á igual distancia de Tréveris y de Thionville, cortaba el Mosa al Sur de Tusey, y contorneando las fuentes del Oignón y del Saona, seguía ora este último río, ora su afluente el Doubs ó el Ródano, del que ya no se separaba desde Valence hasta el mar. Carlos recibía de este modo nueve ciudades, tres de ellas metrópolis, á saber, Besanzón, Lyon y Vienne, treinta y tres abadías, treinta condados y cuatro mitades de condados; los territorios que le eran concedidos representaban una buena parte de Holanda y de Bélgica, la mitad de la actual Lorena, una parte importante de la Borgoña, el Lyonnais, el Viennois y las diócesis de Viviers y de Uzés.

Esta adquisición significaba un gran aumento de territorios, y aun cuando Carlos difícilmente pudo ejercer su autoridad sobre países tan diversos, acostumbrados ya á vivir una vida local, la Francia occidental disfrutó de una calma relativa durante los años que siguieron al tratado de Meerssen. En 9 de septiembre de 872, Carlos el Calvo hizo que los obispos y los laicos le renovaran en Gondreville el juramento de fidelidad; en 873 promulgó una serie de leyes «útiles á la paz y á la Iglesia y á la solidez del reino;» y aquel mismo año mandó arrancar los ojos á su hijo Carlomán, que era el foco á cuyo alrededor intrigaban algunos magnates. El desgraciado príncipe fué á refugiarse al lado del rey de Germania, quien le dió la abadía de Echternach, en donde murió al cabo de poco tiempo.

La Iglesia, dirigida por el obispo de Reims, Hincmaro, apoyaba y protegía al rey. Cierta que Hincmaro, «primado entre los primados y uno de los primeros primados de las Galias,» como á sí mismo se titula, no tiene más pasión que la grandeza y prosperidad de su iglesia; pero como Carlos protege los bienes de los clérigos contra la codicia de los magnates, le está por ello agradecido, y ya hemos visto que en 858 le defendió contra Luis el Germánico. En sus numerosos escritos, muchos de ellos compuestos para explicar las capitulares reales, enseña que «la concordia es cosa divina» y que es preciso respetar á «los missi enviados al través de las ciudades y de los monasterios;» al morir, se vanagloriará de haber sido de los que más activamente han trabajado para establecer la paz en el reino, y efectivamente sus esfuerzos contribuyeron á mantener cierta unión en la sociedad tan dividida de aquella época y cierta unidad de miras en el gobierno (2).

Durante este período, hasta los normandos estuvieron más tranquilos. Carlos el Calvo había pensado desde un principio que sería un medio eficaz de proteger el reino contra ellos organizar la defensa del territorio, cerrando con puentes fortificados y con castillos los cursos de los ríos, y á este objeto mandó construir, desde 862 á 873, en Pitres, cerca de la confluencia del Eure y del Andelle con el Sena, un castillo de piedra y madera á fin de impedir que los piratas remontaran ó descendieran por el río, llevando casi todos los años personalmente á los talleres obreros, carros y materia-

(2) Véase Von Noorden, *Hincmar*, 1863; y Schrörs, *Hincmar*, 1884.

les. Terminados los trabajos, dividió aquel campo atrincherado en varias secciones é invitó á todos los obispos, abades, abadesas y condes á que le facilitaran, «proporcionalmente al número de mansos que poseyeran en beneficio, jóvenes siervos y carros tirados por bueyes,» á fin de atender al entretenimiento y conservación de aquella obra. El rey aplicó el mismo sistema á otras partes del curso del Sena ó de sus afluentes, hizo reconstruir los puentes de Anvers en el Oise y de Charentón en el Marne, y mandó comenzar un recinto fortificado en Compiègne y otro en Saint-Denis. Verificáronse también obras en el Loira, en los Ponts-de-Ce, y se restauraron las murallas romanas de Tours, del Mans, de Chartres, de Poitiers, de Orleans y de París.

En 873, Carlos alcanzó un gran triunfo sobre los normandos instalados en Angers. Disgustado de que aquella «peste estuviera encerrada en las entrañas de su reino, reunió el ejército de todos los pueblos sometidos á su dominación como si se tratara de extinguir un incendio general, y fué á poner sitio delante de aquella plaza.» Llamado por él, su «compadre» Salomón, el rey de los bretones, establecióse á orillas del Maine, y los caudillos normandos, creyendo que Salomón se disponía á desviar la corriente del río, se avistaron con Carlos y le ofrecieron dinero, juramento y rehenes, «comprometiéndose á salir de la ciudad el día fijado y á no cometer ni permitir saqueo alguno en el reino mientras vivieran, y pidiendo tan sólo que se les dejara hasta el mes de febrero una isla del Loira para instalar en ella un mercado. Llegado el mes de febrero, aquellos de entre ellos que hubiesen sido bautizados y quisieran mantenerse verdaderamente cristianos se presentarían al rey, y los que, paganos todavía, quisieran hacerse cristianos, serían bautizados por mediación suya. Los demás abandonarían el reino (1).» Carlos el Calvo entró en Angers, presenció la purificación de las iglesias y la reinstalación del cuerpo de San Albino en su arca de plata y partió en el mes de octubre. Durante una docena de años la región del Este pudo respirar.

En el entretanto, murió Luis II en 12 de agosto de 875, y Carlos el Calvo reivindicó el título imperial. Después de haber celebrado un consejo en Ponthión, marchó á Langres, en donde reunió á aquellos de sus leales á quienes quería llevarse consigo, y dejando en Francia á su hijo Luis el Tartamudo y á la reina Riquilda, encaminóse en septiembre al collado del Gran San Bernardo. El rey de la Francia occidental gozaba fama, al otro lado de los Alpes, de príncipe amigo de los obispos, bajo cuyo gobierno «las iglesias de la Galia habían recobrado su antigua prosperidad.» Ya el papa Adriano II (867-872) le había prometido el imperio «porque, decía, estaba animado del espíritu de justicia que conviene á un rey y porque el clero, el pueblo y la nobleza de todo el universo y de la ciudad (*totius orbis et urbis*) lo reclamaban.» En el fondo, el papa Juan VIII, sucesor de Adriano, y los italianos esperaban que el rey de Francia y de Lorena sería bastante fuerte para

(1) De los Anales de Saint-Bertin. Véase también el fragmento publicado por Andrés Duchesne, *Hist. Franc. Scriptores*, tomo II, págs. 400-401, tomado de un manuscrito de San Sergio y titulado por él *Qualiter normanni civitatem Andegavensem ceperunt et ab ea per Carolum Calvum regem expulsi fuerunt*.

protegerles contra los sarracenos que desde hacía más de treinta años asolaban la península.

Pero también pretendía el imperio Luis el Germánico, quien invadió la Francia y avanzó hasta Attigny, en tanto que su hijo Carlomán entraba en Italia. En aquella ocasión, los nobles, convocados por Riquilda, se comprometieron por juramento, después de algunas vacilaciones, á resistir, y Luis hubo de regresar á su reino. Por otra parte, Carlos el Calvo, que contaba con fuer-



Traje real de Carlos el Calvo, según Willemin (*Recueil de monuments historiques*)

zas superiores y con la mayor parte de los italianos, impuso á Carlomán el tratado de la Brenta é hizo su entrada en Roma acompañado de los legados pontificios. Juan VIII, que le había hecho aclamar emperador por el clero y la aristocracia romana, le dió «la unción y la corona imperial» en la iglesia de San Pedro en 25 de diciembre de 875, aniversario de la coronación de Carlomagno.

Grandes diferencias había entre el imperio tal como era el año 800 y tal como había llegado á ser en 875. Carlomagno tenía un poder universal que le señalaba como sucesor de los antiguos emperadores romanos, y antes de su coronación imperial era de hecho Emperador y Augusto; además, el papa le estaba obligado á él y á los francos. Por el contrario, los Estados de Carlos el Calvo eran reducidos, y su autoridad muy discutida; llamado por el papa y consagrado por él, quedaba con él ligado por agradecimiento y por toda clase de deberes.

Carlos, emperador, rey de la Francia occidental y rey

de Lorena, tomó otra corona, la de Italia. El 5 de enero de 876 salió de Roma y fué á Pavia, la antigua capital de los lombardos, en donde Engelberga, 876 viuda de Luis II, apoyaba al partido de Luis *el Germánico*. Los obispos, abades, condes y señores de la península, respondiendo á su llamamiento, se reunieron en la ciudad, y el arzobispo de Milán, Anspert, hablando en nombre de ellos, le presentó una resolución que le hacía rey de Italia «porque la divina piedad, manifestada por la mediación del vicario de los apóstoles, le había ya confiado la dignidad imperial» (31 de enero). Después de esto, Carlos *el Calvo* regresó á Francia, y una vez en ella convocó en Ponthión una gran asamblea eclesiástica, á la que asistieron dos legados pontificios, cincuenta obispos, cinco abades y otros miembros del clero de Borgoña, de Aquitania, de Septimania, de Neustria y de Provenza. El salón había sido preparado con magnificencia: las paredes y los bancos estaban cubiertos de ricas telas, y en el centro alzabase el trono enfrente del facistol que sostenía los Santos Evangelios. El 30 de junio la asamblea aprobó los actos realizados en Italia; en las sesiones precedentes Carlos se había presentado vestido ricamente, pero á la moda franca; después de aquel día, llevó, como los emperadores bizantinos, el cetro, la diadema sobre el velo de seda y la dalmática. Desde entonces también abandonó el título de rey de los francos para titularse únicamente Emperador y Augusto. El sello de plomo durante mucho tiempo atribuido á Carlomagno y que lleva la inscripción *Renovatio Imperii romani*, debe atribuirse seguramente á Carlos *el Calvo*.

No tardaron, sin embargo, en presentarse las dificultades reales de esta pomposa restauración: el papa y los italianos reclamaban la ayuda de Carlos contra los sarracenos, y Juan VIII le repetía que «Dios le había elegido con preferencia á otros para que desembarazara sus templos de los paganos que los infestaban y que todo lo devastaban con el fuego y con el hierro.» El emperador había dejado en Italia á su cuñado Bosón, hermano de Riquilda, á quien había confiado, al mismo tiempo que á Lamberto, duque de Espoleto, la protección de la Santa Sede; pero habiendo sus lugartenientes desempeñado muy mal su cometido, confió, por virtud de un pacto firmado en Ponthión, al mismo papa, como á una especie de margrave, la defensa de Italia.

A Carlos *el Calvo* le preocupaba entonces Luis *el Germánico*, quien reclamaba una parte de la herencia de Luis II, haciendo defender en Ponthión mismo sus pretensiones por Williberto, arzobispo de Colonia, y por los condes Adalardo y Meginaro. Algunas semanas después, ó sea en 28 de agosto de 876, murió en Francofort el rey de Germania, é inmediatamente intentó Carlos *el Calvo* conquistar toda la Lorena, apoderándose de la parte que el tratado de Meerssen había dado á Germania, y aun «resolvió agregar á su reino todas las ciudades del reino de Luis situadas en la orilla izquierda del Rhin,» incluidas Espira, Worms y Maguncia. Y sin dejarse distraer por un desembarco de los normandos en la desembocadura del Sena, invadió la Lorena oriental y se dirigió á Aquisgrán, la ciudad imperial. Luis *el Joven*, uno de los hijos del *Germánico*, salió al encuentro de su tío con los thuringios y los sajones, y

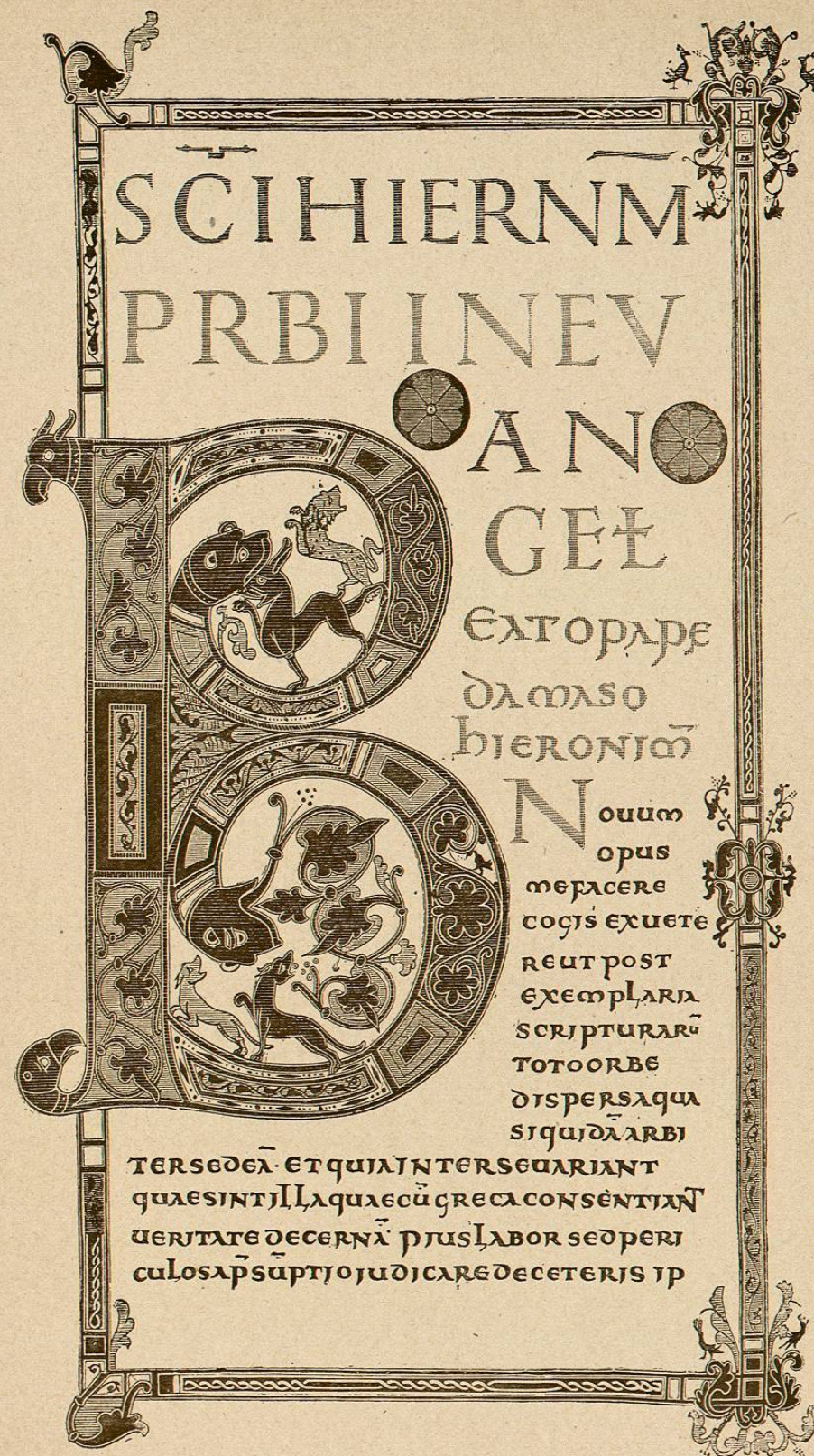
atrincerado cerca de Andernach, derrotó completamente en 8 de octubre de 876 al ejército de Carlos *el Calvo*.

En el entretanto, el papa, incapaz de defender á Italia, acosaba al emperador escribiéndole cartas y más cartas. En 7 de abril de 877, Carlos recibió en Compiègne, en donde celebraba las fiestas de Pascua, una embajada muy apremiante; pero queriendo, antes de ponerse en camino, tomar precauciones contra los nobles que se mostraban hostiles á una nueva expedición, los reunió en Quierzy-sur-Oise, en 14 de junio, para resolver el modo como Luis gobernaría la Francia con sus leales y los principales del reino durante su viaje á Roma, y les obligó á renovar uno á uno el juramento de fidelidad, recordándoles los juramentos ya prestados en Quierzy, en Reims, en Gondreville y más recientemente á la muerte de Luis *el Germánico*. A cambio de ello les concedió ciertas garantías. En el último capítulo de este período nos ocuparemos de la capitular que entonces se redactó.

Apenas jurados y promulgados los artículos de Quierzy, el emperador se dirigió á Italia por Compiègne, Soissons, Reims, Chalons-sur-Marne, Ponthión y Langres, «acompañado de su esposa y provisto de gran cantidad de oro, plata, caballos y recursos de toda especie.» En Verceil encontró al papa y juntos fueron á Pavia y luego á Tortona, en donde fué coronada Riquilda. Sin embargo, muchos señores italianos le abandonaban para unirse con Carlomán, hijo mayor de Luis *el Germánico*, y en Francia se rebelaban contra él los principales jefes de la aristocracia que se habían abstenido de acudir á la asamblea de Ponthión, como Hugo *el Abad*, de quien hablaremos más adelante, Bosón, Bernardo, conde de Auvernia, y Bernardo, marqués de Gothia. Carlos *el Calvo*, al tener noticia de que se aproximaba Carlomán «con un fuerte ejército,» apresuró á llegar á los Alpes en compañía de Riquilda, en tanto que Juan VIII regresaba á Roma. El emperador murió en 6 de octubre de 877 al pie del Monte Cenís, en Avrieux, desde donde su cuerpo fué conducido al monasterio de Mantua, en el que se le dió sepultura.

Carlos *el Calvo* ha sido severamente juzgado por muchos historiadores, que lo presentan como soberano inepto y como hermano desleal que, por su afán immoderado de conquistas y con su política agresiva y provocadora, aumentó la perturbación que reinaba en el antiguo imperio de Carlomagno. Esta apreciación, que al parecer establece una diferencia entre el rey de la Francia occidental y los demás príncipes contemporáneos suyos, á quienes se supone más sabios y más respetuosos con sus juramentos, debe ser rechazada: Carlos *el Calvo* no fué mejor ni peor que los otros, pues aun cuando los reyes francos prometieron en Verdún contentarse con sus lotes, todos alentaban la esperanza de reconstituir algún día, cada uno en provecho propio, la monarquía de Carlomagno. Luis *el Germánico* fué el primero en dar ejemplo de esta ambición, tratando de apoderarse del reino de su hermano Carlos.

Este, en realidad, hizo cuanto pudo para evitar que se consumara la ruina del poder real, recordando á los condes sus deberes y sus derechos y á sus «fieles» sus obligaciones para con él, su señor; mandando destruir los castillos tras de los cuales los señores se atrinche-



FACSIMILE DE UNA PÁGINA DE UNA BIBLIA DE CARLOS *el Calvo*,
ESCRITA Y ORNAMENTADA EN SAN MARTÍN DE TOURS Á MEDIADOS DEL SIGLO IX

(Biblioteca Nacional, París)

ban, y uniendo á menudo á estas órdenes preceptos y sermones. Pero nadie podía contener la disolución de la sociedad: como escribió el mismo Carlos *el Calvo*, «las invasiones de los paganos y los malos designios de las gentes que sólo de nombre son cristianas, destruyeron el efecto de las capitulares por él dictadas para mantener el orden.»

V. — *Los sucesores de Carlos el Calvo. Sitio de París por los normandos* (1)

De su matrimonio con Ermentrudis había tenido Carlos *el Calvo* cuatro hijos, de los cuales sólo uno vivía en 877, Luis *el Tartamudo*. Antes de morir, firmó Carlos un diploma (*præceptum*) en el que legaba su reino á este hijo y encargaba á la emperatriz Riquilda que le llevara el traje real, la espada, la corona y el cetro de oro; pero lo que se necesitaba sobre todo obtener era la adhesión de los magnates, y el joven príncipe, para atraerse partidarios, dió abadías, condados y villas. Los que regresaban de Italia con Riquilda protestaron y saquearon cuanto hallaron en su camino; no obstante, después de un debate contradictorio hizose la conciliación, concediendo Luis *el Tartamudo* á los magnates laicos «los honores que quisieron» y prometiendo á los obispos «la conservación de sus privilegios.» Mediante estas concesiones, fué «elegido» rey y coronado en Compiègne por Hincmaro en 8 de diciembre de 877.

Esta elección era una victoria de la aristocracia sobre la realeza. Clodoveo y sus sucesores habían reinado por derecho de nacimiento; después de la elección de Pipino, los magnates habían intervenido en todos los arreglos de sucesión entre los reyes carlovingios, si bien su aprobación era puramente de forma; pero ahora había habido elección, y aunque ésta había recaído en el hijo, sentaba la posibilidad de que el elegido fuese otro.

El más importante de los nobles con quienes había tenido que entenderse Luis *el Tartamudo* era Hugo *el Abad*, hijo de Conrado, el antiguo conde de Auxerre, y tío materno de Carlos *el Calvo*. La capitular de Servais le designa como *missus* para el Nivernais, el Auxerrois y el Avallonais, y después del fallecimiento de Roberto *el Fuerte* recibe los beneficios del duque difunto, el condado de Tours y muchas abadías, especialmente la de Saint-Martin, y es á su vez «el jefe de los transeguanos,» el «marqués de la Neustria (2).» Un cronista lo describe como hombre «enérgico, humilde, justo, pacífico, notable por la honradez de sus costumbres.» Aunque acababa de declararse contra Carlos *el Calvo*, sirvió fielmente al hijo de éste. Nombrado archicapellán del sagrado palacio, ocupó el primer puesto en los consejos

(1) FUENTES.—*Annales de Saint-Bertin, de Fulde et de Saint-Wast. Chronique de Reginon. Œuvres d'Hincmar. Capitularia regum Francorum*, tomo II. Abbón, *Bella parisiaca urbis*, edición Winterfeld en los *Poete latini medii ævi*, 1899 (*Monumenta Germanie*, en 4.^o).

OBRA DE CONSULTA.—Dümmeler, *Geschichte des ostfränkischen Reichs*, tomo III. Kalkstein, *Abt Hugo, aus dem Hause der Welfen, Markgraf der Neustrien*, 1874. Emilio Bourgeois, *Hugues l'abbé, margrave de Neustrie et archicapellain de France*, 1885, en los *Annales de la Faculté des lettres de Caen*, tomo I. Favre, *Eudes, comte de Paris et roi de France*, 1893.

(2) Por Neustria se entendía entonces el territorio comprendido entre el Sena y el Loira.

y puede decirse que desde 877 á 886, es decir, por espacio de nueve años, él fué quien gobernó la Francia.

El reinado de los sucesores de Carlos *el Calvo* es una reacción contra la política de este príncipe. Juan VIII creía que Luis *el Tartamudo* continuaría en Italia la tradición paterna, y en esta creencia estaba cuando fué á coronarle rey en Troyes, Champaña, en 7 de septiembre de 878; pero no pudo decidirle á que pasara los Alpes. Luis *el Tartamudo* era «un hombre sencillo y bondadoso, amante de la paz, de la justicia y de la religión,» y opinaba que los príncipes carlovingios debían repartirse fraternalmente los territorios en litigio y asegurar, mediante su mutua inteligencia, «la salvación de todo el pueblo cristiano.»

Murió á los dos años de reinar, en 11 de abril de 879, dejando dos hijos, Luis III y Carlomán. Eudo, obispo de Beauvais, y el conde Alboin llevaron á los jóvenes príncipes la corona, la espada y los demás atributos reales y ordenaron á los que con ellos estaban «que les hicieran consagrar y coronar reyes;» pero la legitimidad de Luis III y de Carlomán era discutible, puesto que el matrimonio de su madre Ansgarda con Luis *el Tartamudo* no había sido reconocido inmediatamente por Carlos *el Calvo*. En su consecuencia un partido dirigido por Gozlin, abad de Saint-Germain-des-Prés, declaróse contra ellos y quiso que fuese llamado al trono Luis *el Joven*, hijo del *Germánico*, el cual fué á Metz y á Verdún, pero se retiró cuando los magnates de la Francia occidental le hubieron cedido la mitad de la Lorena, que Carlos *el Calvo* había obtenido en 870. Gracias al apoyo de Hugo *el Abad*, Luis y Carlomán fueron al fin coronados en Ferrières-en-Gatinais, en septiembre de 879, por Anselmo, arzobispo de Sens, y al año siguiente se repartieron la herencia paterna, quedándose el primero con Francia y Neustria, y el segundo con la Borgoña y la Aquitania con sus marcas (Toulousain, Gothia y marca de España). Los magnates, á cambio de su consentimiento, habían recibido cuantos honores quisieron.

El imperio, en tanto, seguía descomponiéndose en reinos. En 15 de octubre de 879, los prelados de Borgoña y de Provenza, reunidos en Mantaille, Viennois, reconocieron como rey á Bosón, hermano de la emperatriz Riquilda, y le ungieron porque necesitaban un defensor contra los normandos y los sarracenos. El nuevo reino se extendía desde las Faucilles hasta el Mediterráneo, desde los Alpes y el Jura hasta los Cevenas (3).

Por otra parte, habiendo el rey Alfredo de Inglaterra firmado un tratado por el cual cedía una parte de sus Estados á los normandos, los que de entre éstos no querían establecerse en Inglaterra se reunieron en Fulham, en las riberas del Támesis, á las órdenes de varios caudillos, el principal de los cuales era Siegfriedo, pasaron el estrecho, remontaron el Escalda y llegaron á Gante, en donde establecieron sus cuarteles de invierno. En 7 de junio de 880, Luis *el Joven*, 880 que se dirigía á la asamblea de Gondreville, en donde le habían dado cita su hermano Carlos *el Gordo* y sus primos, encuentra á los normandos y mata á una buena parte de ellos, pero no puede impedir que se extiendan

(3) Véase Poupardin, *Le royaume de Provence sous les Carolingiens*, 1901.